

## CAPITULO XXXIX.

Tribus bárbaras que se apoderaron de España. — Atila y los hunos. — Desórden cada vez mas creciente en el imperio romano. — Derrota de los suevos (1).

Los alanos, los suevos, los marcomanos, los hérulos, los hunos, los vándalos, los borgoñones y los gepidos, empujando sucesivamente á los godos que delante de ellos se encontraban acampados en las riberas del Danubio, se esparcieron por la Europa, mientras que Alarico y sus soldados saqueaban la capital del romano imperio.

Entre todas aquellas razas, los suevos, los vándalos y los alanos, como ya hemos dicho en otro lugar, despues de devastar las Galias penetraron resueltamente en España, aprovechándose del decadente estado del poder romano.

Los alanos, pertenecientes á la raza escítica, eran agrestes y feroces. Sus goces estaban concretados á la guerra, al pillaje y á la destrucción, siendo todo el objeto de su culto un sable clavado en tierra. Esta tribu, la mas sanguinaria de las que amedrentaron á la Europa durante un buen espacio, fue la que se apoderó de la Lusitania.

Los vándalos, devastadores por inclinacion, se posesionaron de la Bética, y tal era su espíritu de destrucción, que de generacion en generacion ha venido transmitiéndose el nombre de vándalo como signo característico de barbarie.

Los suevos, habitantes de la Germania, parecían no tener otra mision que la de destruir las poblaciones, formando en rededor de sí grandes desiertos, distinguiéndose únicamente de sus compañeros por su larga cabellera, que anudaban sobre la cabeza recogida en una especie de bolsa al ir á entrar en batalla.

Esta tribu, que en nada desmerecia de la crueldad y espíritu destructor de sus compañeras, se instaló en Galicia, donde se defendió obstinadamente cuando mas tarde se trató de arrojarla de ella.

Los godos, menos bárbaros y salvajes que las demás tribus que les seguían, al ponerse en contacto con la civilizaci6n romana, suavizaron aun mas sus costumbres, llevando en sí el germen de una nueva cultura que mas tarde habia de dar sus frutos.

Ya nos hemos ocupado del motivo que impulsó á Ataúlfo á penetrar en España, y del breve reinado de Sigerico, su asesino.

Proclamado Walia sucesor de este, procedió desde los primeros momentos con una astucia superior á cuanto podia esperarse de aquellas gentes, que aun cuando no tan salvajes como al principio, no se las podia sin embargo apreciar todavia por lo sobresaliente de su ingenio.

Meditando ya al subir al trono el plan que mas tarde realizó, inspiró á los suyos un odio extraordinario hacia los romanos, odio al cual puso término cuando lo creyó mas conveniente, devolviéndolo á Placidia, la hermana de Honorio, á aquel Constancio que todavia seguia prendado de ella, pidiéndole en cambio seiscientos mil medidas de trigo para mantener su ejército.

De semejante manera halagaba á este que se mostraba completamente falto de subsistencia, y aprovechando esta coyuntura para hacerle comprender que no era á Roma á quien le convenia combatir, sino que, por el contrario, primero debia vencer á los suevos, á los vándalos y á los alanos que dominaban en varias provincias españolas, y que despues de conseguido este triunfo, la misma Roma no podria menos de humillarse ante él.

Y su plan tuvo cumplido efecto, empezando el astuto monarca su campaña contra los vándalos de la Bética, que destrozados en cuantas batallas presentaron, no tuvieron mas remedio que retirarse hacia los confines de España, encontrando un asilo entre los suevos de Galicia.

Alentado con este triunfo, dirigió sus armas contra los alanos de la Lusitania y obtuvo el mismo éxito, y tambien le hubiese conseguido respecto á los suevos, á no haberse estos precavido con tiempo, reconociendo la soberanía de Roma. Walia, respetando todavia aquella sombra de poder, se detuvo, y no continuó las proyectadas hostilidades.

El imbecil Honorio, aquella sombra coronada que todavia quedaba en Roma, haciéndose la ilusion de que todos los triunfos obtenidos por Walia eran para él, le recompensó, concediéndole la segunda Aquitania con la cual el imperio gótico se extendia desde Tolosa de Francia, en cuyo punto estableció Walia su corte, hasta el Océano.

Teodoredo ó Teodorico, segun le llama san Agustín y algunos otros autores, sucedió á Walia, y en los primeros tiempos de su reinado, los vándalos, que segun hemos visto habian buscado albergue entre los suevos, sublevaronse contra estos, pero con tan mala suerte, que rechazados por doquiera, no tuvieron mas remedio que volver á la provincia que habia tomado su nombre, donde de nuevo volvieron á ejercer sus depredaciones y sus piraterías.

Felizmente el conde Bonifacio, prefecto de Africa, resentido por el desaire que le hicieron á Hesio consejero de Placidia, que por muerte de su hermano Honorio regia el imperio durante la menor edad de su hijo, invitó á los vándalos á que pasasen á Africa, ofreciéndoles las dos terceras partes de las posesiones romanas en aquellos países.

(1) Nos ha parecido conveniente incluir toda la dominacion goda en la época romana de la misma manera que otros historiadores lo han venido haciendo, pues muy conforme con nuestro erudito D. Modesto Lafuente no creemos que la dominacion goda pueda constituir una época por sí sola.

Aceptada la proposicion, embarcáronse en número de ochenta mil, segun la opinion de la mayor parte de los historiadores, dejando libre á España de unas hordas tan feroces que superaban á las demás que con ellos penetraron durante la irrupcion.

Apenas los suevos vieron abandonadas las provincias de la Bética, lanzáronse sobre ellas, sin que los romanos y los españoles unidos para resistirles pudieran conseguirlo, extendiéndose rápidamente por la Bética, la Lusitania y hasta la misma Cartaginense, con completo disgusto de los naturales, que no podian tolerar á sus bárbaros opresores.

Mientras tanto los godos ensanchaban tambien sus dominios por las Galias, y como dice muy bien un historiador, en todas partes se combatia, no habia quietud ni reposo sobre la extensa superficie de la tierra, y lo mismo en Oriente que en Occidente la razon, el derecho y la justicia estribaban en la fuerza, apropiándose cada uno lo que mejor le parecia, sin que hubiera valla alguna, sin que existiera traba de ninguna especie entre los bárbaros que aspiraban á civilizarse, y entre los pueblos civilizados que se confundian con los hijos de la barbarie.

Romanos, francos y godos habian estado combatiéndose sin tregua alguna, hasta que un acontecimiento completamente inesperado vino á unir á aquellos tres pueblos tan enemigos poco tiempo antes.

Atila, el mas feroz de todos aquellos guerreros que en cortísimo espacio habia vomitado el Septentrion, el azote de Dios, el vencedor de los persas, el que impuso tal terror á Teodosio II, que reinaba en Constantinopla, que le hizo su tributario, lanzóse atrevidamente hacia el Occidente, y penetró en las Galias al frente de setecientos mil guerreros (1).

Ante el peligro comun Meroveo, primer rey franco, Teodoredo y Valentiniano reunen sus huestes y le presentan la batalla en los Campos cataláunicos cerca de Chalons-sur-Marne.

La batalla fue la mas sangrienta que habian presenciado las edades, y tan abatido quedó el poder del feroz rey de los hunos, que retrocedió á toda prisa yendo á ocultar su cólera y su impotencia en lo mas escondido de sus bosques.

Mas de doscientos mil muertos, segun algunos escritores, ó ciento sesenta mil segun otros, quedaron en el campo. Entre ellos se hallaba Teodoredo el rey de los godos.

Proclamado su hijo Turismundo, su avaricia y crueldad le hicieron aborrecible á su pueblo, siendo asesinado por mandato de sus hermanos Teodorico y Frederico.

El primero fue aclamado rey, y el segundo marchó á España de acuerdo con el emperador Valentiniano, para sujetar á los bagaudas que causaban continuos sobresaltos á los pueblos de la provincia de Tarragona.

Mientras tenian lugar estos acontecimientos en la Galia, Roma era teatro de un sinnúmero de crímenes, de los que siquiera rápidamente debemos hacernos cargo.

Valentiniano, apenas murió su madre Plácida, abandonóse por completo á sus torpes pasiones.

Acio, el mejor defensor de su trono, pereció al filo de su espada, y poniendo los ojos en la hija del rico senador Máximo, llamóla con engaños á su palacio: su bárbara violencia causó la muerte de la desventurada doncella, muerte que á su vez vengó el ofendido padre haciendo asesinar al villano Emperador.

El pueblo le concedió la púrpura de Valentiniano, mas su empeño en casarse con Eudoxia, viuda de este, hizo que ella invocara el auxilio de Genserico, rey de los vándalos, el cual saliendo de Africa al frente de un poderoso ejército, se apoderó de Roma y la destruyó de una manera bárbara y feroz.

Las estatuas y todos los objetos de arte que Alarico perdonara, fueron destruidos por las hordas vandálicas; y á tal punto llegó la indignacion de los godos, que, segun Sidonio Apolinar, congregáronse inmediatamente á fin de nombrar emperador.

La eleccion recayó en Havito, prefecto romano en las Galias, el cual partió inmediatamente á tomar posesion de su elevado cargo.

Poco tiempo despues los suevos inquietos, siempre turbulentos y ambiciosos, vuelven á invadir la provincia cartaginense. Envíanles embajadores tanto Teodorico como Havito, con el objeto de rescatar las provincias romanas; pero la única contestacion que obtuvieron fue la de ver maltratados á sus emisarios, y que la provincia de Tarragona fuera saqueada por Rechiario y los suyos.

Ante semejante temeridad ya no tuvo mas remedio Teodorico que ponerse al frente de sus soldados, atravesar el Pirineo y caer sobre Rechiario, á quien encontró cerca de Astorga en una llanura llamada el Páramo, á las márgenes del rio Orbigo, destruyéndole completamente.

Siguió luego adelante, y bien pronto la mayor parte de España quedó sujeta al poder gótico, principiando desde este punto el engrandecimiento de la dominacion goda en nuestra Península.

Y quién sabe dónde hubiera elevado esta dominacion Teodorico, á no haberle arrebatado traidoramente la vida en Tolosa el año 466 su hermano Eurico.

(1) Jornand. Hist. Goth.



SITIO Y TOMA DE CLERMONT.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24726.

## CAPITULO XL.

Reinado de Eurico. — Fin de la dominación romana en España. — Grandeza del imperio gótico. — Caída del imperio romano de Occidente.  
— Alarico. — Sus guerras con los francos. — Reinado de Amalarico.

ELEVADO al trono Eurico, á quien también se conoce en la historia con el nombre de Euthorick y Evarich, por medio del fratricidio, procuró hacer olvidar con un reinado brillante esta mancha, y lo consiguió efectivamente.

Ocultando sus designios con una profunda diplomacia, alióse con los vándalos y envió embajadores á los emperadores; pero habiendo el de Oriente y su colega Antemio declarado la guerra á Genserico, púsose de parte de este, y bajo pretexto de auxiliarle, se apoderó de Tarragona, con la que se mostró cruel por haberse resistido hasta el último extremo, de Pamplona, Zaragoza y, en una palabra, de cuantas plazas ocupaban aun los imperiales en la Península.

Glicerio, deseoso de vengar las anteriores derrotas, envió contra él un ejército compuesto, en su totalidad, de ostrogodos, en los que habló mas alto que cualquier otra consideración la afinidad de razas y la igualdad de religión: así es que, en vez de hostilizar á los visigodos, se unieron á ellos, lo cual puso al emperador en un grave aprieto.

Prevaliéndose de esto Eurico invadió las Galias, y habiéndose unido en su contra el general romano Siagrio ó Hilderico rey de los francos, marchó contra ellos y los derrotó completamente, apoderándose, á consecuencia de su victoria, de Tours y de Bourges. Cediendo al parecer á las súplicas del obispo de Pavia Epifanio, ó lo que parece mas probable, esperando una ocasión mas oportuna, hizo la paz con el sucesor de Glicerio, Julio Nepote, pero al poco tiempo, y esto es lo que nos mueve á considerar como de mayor fuerza la segunda de las hipótesis que hemos sentado, la rompió poniendo sitio á Clermont, de que consiguió apoderarse tras de una viva resistencia.

Pero ¿de qué podía servir esta, tratándose de los valientes soldados que llevaba Eurico? En sus legiones formaban aquellos españoles que tan bizarramente lucharon contra los cartagineses y los romanos; y por mas que los defensores de Clermont, protegidos por sus robustas murallas, agotasen cuantos recursos podia sugerirles su desesperación y su bravura, sucumbieron sin que ni el aceite y la pez hirviendo que arrojaban sobre los sitiadores, ni las nubes de flechas en que les envolvían fueran bastantes á hacerles retroceder.

A consecuencia de este triunfo, encontró franca la entrada de Burdeos, donde recibió á los embajadores de los pueblos comarcanos que acudían á felicitarle por sus victorias y á solicitar una alianza.

Entre tanto el imperio romano de Occidente seguía sumido en el mas profundo desorden, y todo presagiaba su próximo fin.

Depuesto Nepote, las legiones de bárbaros asalariadas por los romanos que estaban bajo el mando del general Orestes trataron de nombrarle emperador, pero él se resistió, aceptando tan solo la corona para su hijo Rómulo, conocido con el sobrenombre de Augustulo.

Este era el destinado á ver desplomarse el dominio de Roma, cuyos cimientos echara siglos antes un rey de su mismo nombre.

Extraña coincidencia! Un Rómulo fue el primero que en la ciudad de los Césares dictó leyes, y bajo el imperio de otro habia de terminar el poder que un día sujetara á todo el mundo entonces conocido.

Los últimos triunfos de Eurico fueron contra los burgundios que, ó temerosos de su preponderancia, ó envidiosos de ella, invadieron sus Estados, y á quienes una sola batalla bastó á demostrar que no el número sino el valor y la experiencia se llevan la palma en los combates.

Tras esta corta pero brillante campaña, rodeado de gloria, respetado y temido de los demás soberanos y amado de sus pueblos, dedicó sus postrimeros días á darles unas leyes de que por completo carecían.

A este efecto, encargó al sábio juriconsulto Leon, su ministro, la redacción de un código que contuviese los usos y costumbres de los godos, como así lo realizó este.

Tanto esta compilación como el código posteriormente publicado por Alarico, del que muy luego nos ocuparemos, prueban hasta la evidencia que el derecho de cartas, llamado también personal, imperaba en la monarquía visigoda.

Poco tiempo despues de la publicación de las citadas leyes, que se conocen en la historia con el nombre de *Código de Tolosa*, por haberse publicado en ella, y también con el de *Código de Eurico*, falleció este el año 484 de la era cristiana, á los diez y nueve de su elevación al trono, siendo su muerte llorada por sus pueblos, y oscurado totalmente por sus hechos el crimen que en su hermano cometiera.

Sucedió á Eurico su hijo Alarico, quien en nada asemejóse á su padre.

De carácter débil, muy á propósito para una época de paz, no lo era nada cuando en los confines de sus posesiones de las Galias tenia á otro pueblo no menos bárbaro que el suyo, envidioso de su poder y dispuesto por lo tanto á amenguarlo todo lo posible, y aun, á tener fuerza suficiente, á arrebatárselo.

Era este pueblo el franco, que, gobernado á la sazón por Clodoveo (Chlod-wig, guerrero famoso), no podia ver con buenos ojos las posesiones que los visigodos tenían en las Galias, y esperaba solo la ocasión mas propicia para arrebatárselas.

Conociéndolo así Alarico, y no hallando en su apocado espíritu medios de contrarrestarle, se sujetó á una serie de humillantes concesiones, que dando solo á conocer su flaqueza no produjeron el resultado apetecido.

Una de ellas, quizá la mas vergonzosa, y seguramente la mas vituperable, fue el haber entregado á Siagrio, general romano, que vencido por Clodoveo se habia visto precisado á refugiarse en su territorio.

Otras diferencias ocurrieron también entre ambos príncipes, de las cuales no salió muy bien parada la dignidad del visigodo, que aprovechándose de un ligero período de tranquilidad que tuvo, publicó un código, único hecho que ilustra su vida. Encargó su redacción al juriconsulto Aniano, el que la llevó á cabo tomando sus disposiciones del derecho romano, sobre todo del Código de Teodosio, y una vez hecho ya se le sometió á la aprobación de una asamblea de obispos y magnates presidida por el conde Goyarico, lo que ha dado margen á algunos para suponer que este fue el encargado de su redacción.

A causa de su contenido le llamaron algunos *Ley romana*, pero comunmente se le conoce con los nombres de *Código alaricano*, ó de *Alarico* y *Breviario de Aniano*. En él se deja ya ver la tendencia hacia la fusión entre conquistadores y sometidos.

Entre tanto Clodoveo se preparaba en silencio para invadir la Galia gótica, dando al olvido las anteriores protestas de amistad y atendiendo solo á su ambición y entusiasmo religioso, pues una de las causas de odio que contra los visigodos tenia era el profesar estos la herejía de Arrio, y así que estuvo bien prevenido, valiéndose de pretextos especiosos, tales como suponer que habian querido asesinarle de orden de Alarico, que las conferencias anteriores solo habian sido una celada, y otros por el mismo estilo, invadió los dominios de este y se hizo dueño de Tours, merced á la traición de algunos que le abrieron las puertas, sin que le impusiera la mediación del ostrogodo Teodorico ni la amenaza de aliarse con su contrario.

No teniendo ya este otro recurso, reunió un ejército y marchó contra él, decidido á mantenerse á la defensiva, determinación prudente, y que tal vez le hubiera dado el fruto apetecido; pero al llegar á las llanuras de Vouglé, cerca de Poitiers, fuele imposible contener el ardor de sus soldados, y en su consecuencia presentó á Clodoveo la batalla que, aceptada por este, dió por resultado la total derrota de los visigodos y la muerte de Alarico, derribado de su caballo de una lanzada que le dió el mismo caudillo de los francos, acabando de matarle un soldado. Tuvo lugar este lamentable suceso en el año 507, segun la opinión mas comunmente admitida.

Alarico dejó un hijo de menor edad llamado Amalarico, y otro mayor pero bastardo, á quien puso por nombre Gesaleico ó Gesaleico; temerosos los godos de que la situación en que se encontraban viniese á empeñarse por una minoría, nombraron sucesor á este último; pero el ostrogodo Teodorico, rey de Italia, tomando á su cuidado la defensa de su nieto, envió un poderoso ejército á las órdenes de Ibas para sostener sus derechos, y tan buena maña se dió este general, que despues de derrotar á los francos y borgoñones cerca de Narbona, ciudad que tenían sitiada, cayó sobre Barcelona y se apoderó de ella, arrojando á Gesaleico que buscó un refugio entre los vándalos de Africa.

No desistió por esto de su empeño, y auxiliado por Trasimundo, jefe de estos, marchó á las Galias y reunió algunos partidarios, pero fue derrotado y muerto por las tropas de Teodorico.

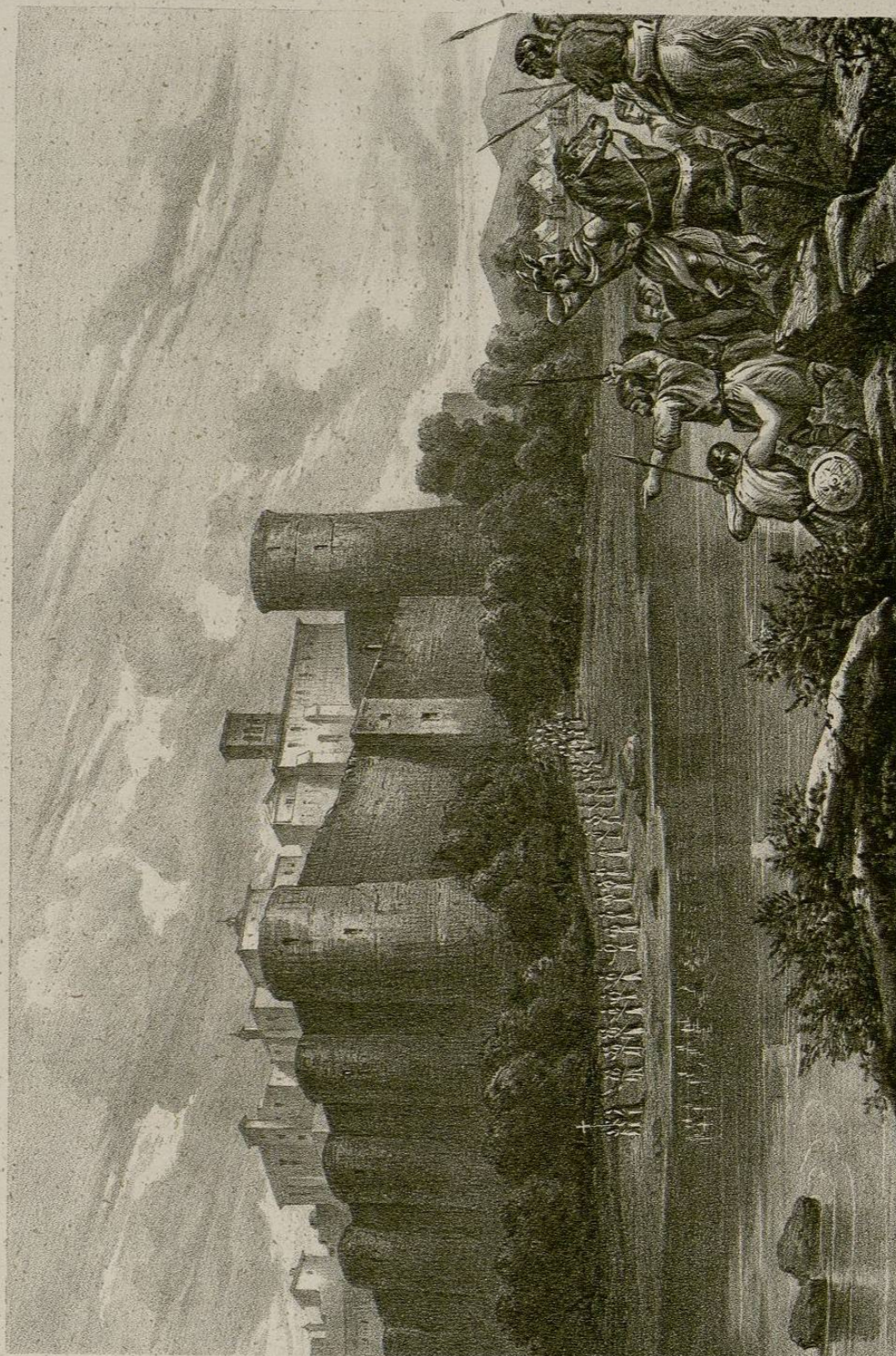
Este gobernó primero los Estados de su nieto, pero luego confió este cargo á Teudis, noble ostrogodo, que le desempeñó acertadamente hasta la mayoría de Amalarico, llegando á popularizarse hasta el punto de inspirar celos al monarca italiano, haciéndole apresurar la declaración de la mayor edad de aquel.

Una vez declarada, y muerto Teodorico al poco tiempo, casó Amalarico con la princesa Clotilde, hija de Clodoveo, y cuyos cuatro hermanos eran los soberanos de los Estados francos, matrimonio que ocasionó la muerte del monarca visigodo, pues, siendo ambos esposos de religión diferente, él arriano y ella católica, tuvieron lugar entre ambos serios disgustos por pretender él que, contra lo estipulado, abandonase Clotilde sus creencias.

Negóse esta, y su negativa dió lugar á que recibiera de su marido tan malos tratamientos, que se vió obligada á dar cuenta de ellos á sus hermanos, enviándoles, como comprobante, un pañuelo empapado con su sangre.

Recibióle Childeberto, é inmediatamente, deseando vengar á su hermana, levantó un ejército con el cual se dirigió contra Amalarico, y habiéndole encontrado trabóse el combate, quedando completamente derrotado el visigodo.

Refugióse este en su escuadra, pero movido por el afán de recobrar sus riquezas que tenia en Narbona, dirigióse á ella; siendo sorprendido por los francos, que le dieron muerte.



SITIO DE ZARAGOZA POR LOS FRANCOS.